



VII



aquella tarde, Sancho se dirigió, en efecto, á la parroquia de sus suegros, en vez de salir á caballo como tenia de costumbre. Era el Cura un señor alto, seco, viejo, de modales bruscos en apariencia.

—Usted no me conocerá,—le dijo Sancho, con aquel aire que le era propio, entre altivo y campechano.

—No, señor; no tengo ese gusto,—replicó el Cura.

Y Sancho, con el tono algo enfático de quien cree pronunciar un nombre destinado á causar efecto, añadió, inclinándose ligeramente:

—Sancho Ortiz de los Pinares...

—¡Ya!... Muy señor mio... ¿Y qué tal?...
¿Sigue bien D. Benito?...

—¿Bien D. Benito?—repitió Sancho, mirando al Cura sorprendido. ¡Pues me hace gracia!... Perfectamente está el buen señor... Divertidísimo. .

Iba Tom muy divertido
Cuando lo iban á ahorcar,
Y en la horca se le vido,
Reir, cantar y bailar.

Y mientras esto decía Sancho, en su tono usual de chanza, se sentaba sin ceremonia, cruzando una pierna sobre otra. Tocóle la vez de sorprenderse al Cura, y ya iba á manifestarlo con alguna aspereza, cuando Sancho añadió:

—¿Pero V. no sabe que mi suegro está, como quien dice, con un pié en la sepultura?...

—¿Qué me cuenta V.?... Pues si me dijo su misma señora, doña Gertrudis, que el accidente había pasado, y que no quedaba peligro alguno...

—¿Eso ha dicho mi suegra?... ¡Qué barbaridad!... ¿Y cuándo lo ha dicho?...

—No hace tres días... Antes de ayer, cuando vino á confesarse para la comunión general de las Madres Cristianas...

—¡Por vida de las Madres Cristianas y de las suegras embusteras!... Pues sepa V., señor

Cura, que todo eso que ha dicho mi suegra es mentira...

—¡Ya!

—Y ella sabe que lo es...

—Ya, ya...

—¿Y sabe V. por qué lo dice?... Pues para que á V. no se le ocurra darse por allá un pa-seito, á visitar al enfermo.

—Ya, ya, ya...

—Y le diga á ese pobre viejo, que se prepare para morir, porque, cuando ménos lo piense, revienta como un triquitraque...

—Ya, ya, ya... yaaa!...

Y el Cura abría y cerraba la despintada caja de latón de sus gafas, como si de ella fuera sacando aquellos significativos—¡ya!—que aparecían en sus labios como claves de otros tantos enigmas, que se iban descifrando... Refirióle entónces Sancho todo lo que su mujer le había narrado aquella mañana, y concluyó pidiéndole que interpusiera su autoridad con doña Tula, como confesor y como Párroco, para que se administrasen á D. Benito los Santos Sacramentos.

—A esa mujé,—decía, se le ha metido en la cabeza que su Benito se ha de quedar en este mundo pa simiente de rábanos... Setenta años tiene ya, señor Cura; y á los setenta años no

se necesita para morir, otra enfermedad que la muerte... ¡Caramba! siempre he oído hablar del *Padre Eterno*; pero lo que es del *suegro eterno*, en mi vida oí palabra, como no sea á mi suegra...

El Cura comenzó de nuevo á abrir y cerrar la caja de las gafas, y dijo, mirando á Sancho con el rabillo del ojo:

—Por supuesto, que tampoco habrá hecho testamento...

—¡Pues claro está que no!—exclamó vivamente Sancho.

Otro significativo—¡ya! que rayó las tripas del yerno, dejó escapar el Cura de su impertinente caja.

—Es decir,—prosiguió aquél, mordiéndose los labios: testamento creo que hizo ántes de que yo me casara... Pero, como es natural en hombre de tantos negocios, siempre le quedarán cabillos sueltos.

—Ya, ya...

—Y, en fin, señor Cura; eso importa poco... Lo que hay que cuidar es de su alma...

—Ya, ya...

—Y que no se vaya á morir el pobre hombre, lo mismito que un perro...

—Ya, ya, señor D. Sancho: ¡ya entiendo!... Descuide usted, que eso corre de mi cuenta...

En treinta y cuatro años que llevo de Párroco, he visto irse muchas almas al infierno, gracias al cariño de sus parientes... Lo que no he visto nunca es, que se muera un enfermo por la impresion que le cause recibir los Santos Sacramentos...

—Eso digo yo, señor Cura...

—Y yo digo más, señor D. Sancho,—le interrumpió con severidad el Párroco... Digo que he visto á esos mismos parientes tan cariñosos, que no tenían valor para cumplir el deber quizá más grande del cristiano, el deber que les carga ante Dios de la más tremenda de las responsabilidades, cual es la de la perdición de un alma; los he visto, digo, no titubear un instante en dar, como ellos dicen, *la puñalada*, cuando se trataba de sus intereses... ¡Y esto, hasta entre gente de esa que llaman piadosa!... Oiga V. un caso, que me sucedió hace poco... (1). Cierta señora devota... muy devota, vivía con un hermano rico, calavera y viejo, en la creencia de que éste tenía hecho testamento en favor suyo. Enfermó el hermano del mal de la muerte, y quantos esfuerzos hice para acercarme á él y confesarle fueron inútiles: la tierna hermana me lo impedía siempre, por temor al sobresalto que mi presencia pudiera causar al enfermo. Insté,

(1) Histórico.

y rogué y amenacé, como era obligacion mia, y sólo conseguí que la pía señora me pusiera en la puerta de la calle, amenazándome con llamar á un polizonte, si volvía á presentarme en su casa... Mas por una bendita casualidad supo aquella mujer que no estaba aún hecho el testamento, en que cifraba sus esperanzas, y... ¿sabe usted lo que hizo la cariñosísima hermana, la piadosísima señora, para que no se le escapara la herencia?... Pues tuvo el descaro de acudir á mí, desalada, para que urgiese al pobre moribundo á dictar el testamento; y como yo tardase una hora—nada más que una hora, señor D. Sancho—en acudir á la casa, ella misma se apresuró á *darle la puñalada*, temerosa de que yo no llegara á tiempo...

—¡Qué barbaridad!... ¿Y V. qué hizo, señor Cura?...

—Pues cumplir con mi deber, señor D. Sancho, y atenerme á lo que, así para el bien como para el mal, es una prudente regla práctica de mundo: utilizar las miserias de los unos, en provecho de los otros... Dí gracias á Dios, que se valia de la codicia de aquella mujer para salvar á un alma, y, aunque con algun trabajo, la salvé en efecto... A costa de su propia herencia, pudo aquel pobre infeliz comprar su entrada en el cielo...

Sancho se levantó conmovido: la repugnante conducta de aquella mujer le hizo avergonzarse de sus pensamientos, porque la deformidad que no descubre el hombre en sus propios actos, la suele ver patente al juzgar los de otros. Tendió ambas manos al Párroco, y dijo con honrada franqueza:

—Señor Cura; quizá tiene esa historia más parecido del que V. cree, con lo que al entrar por esa puerta venia yo pensando... Pero conste que, si á mi suegra le toca lo de los cariños funestos, ni á ella ni á sus hijos les corresponde lo de las esperanzas de herencia... ¿Me entiende usted, señor Cura?...

—Dios nos entiende á todos, señor D. Sancho;—contestó dignamente el Sacerdote, despidiéndole hasta la puerta.

Al dia siguiente doña Tula pegaba un brinco en la silla, y se azufraba su cara de Cotufa, al oír á una de sus criadas anunciar, delante de D. Benito, la visita del Párroco.

—¡Qué majadería!—exclamó impaciente y azorada. Que digan que no estoy en casa... que estoy ocupada...

—Dice que le precisa hablar á la señora cuanto ántes...

—¿Qué será?—dijo D. Benito, tambien alarado.

—¡Cualquiera cosa!... ¡La Conferencia... los pobres... sacar dinero!—replicó doña Tula, aturrullándose más todavía. ¡Qué fastidio!... Dile que pase al gabinete... ¡No he visto hombre más pesado!...

—¿Pero por qué no le haces entrar aquí?—dijo D. Benito, con el deseo de enterarse.

—¡De ninguna manera!—exclamó fuera de sí doña Tula.

—Pero, mujer; ni que estuviéramos en tiempo de epidemia, y viniera de confesar apestados.

—No es que estemos en tiempo de epidemia, Beni... Es que no me gusta dar alas á esos señores: serán muy buenos y muy santos; pero si se les da el pié, se toman la mano... Que pase al gabinete, y yo bajaré en seguida...

Don Benito se encogió de hombros, y doña Tula, nerviosa y azorada, fué á recibir la visita del Párroco... Media hora larga duró la entrevista, y jamas supo nadie lo que en ella se habia tratado. Observóse tan sólo que doña Tula no volvió á acercarse nunca al confesonario del Párroco; que por dos dias consecutivos estuvo inquieta, nerviosa, sumida á ratos en una especie de grave preocupacion, como si se afanase y cavilara por conciliar los dos extremos opuestos de un difícil problema; y que, á la tercera noche, estando reunida toda la familia, y ella

algo más animada, manifestó de pronto, con un aire de naturalidad detestablemente fingida, un proyecto que habia concebido... Pensaba pedir al Arzobispo el privilegio de tener oratorio en casa, para que su Benito oyese allí cómodamente Misa; y más tarde, allá para Noche-Buena, pediria tambien licencia para celebrar la Misa del Gallo, y comulgar á media noche toda la familia.

—¡Todos juntitos!—decia, destilando almíbar. ¡Y tú tambien, Beni mio!... ¡Verás qué ceremonia tan tierna!

Don Benito hizo un gesto de displicencia.

—¡Vamos!—dijo doña Tula. ¡A que sale ahora éste con algun escrúpulo!...

—No son escrúpulos, ¡mujer!—replicó de mal humor D. Benito... Es que, con setenta años y un reuma, nadie se levanta á media noche para oír tocar la zambombita!...

Doña Tula se quedó desconcertada por un momento, y dijo al fin en tono muy devoto:

—Pero hijo mio, ¿no hemos de ofrecer algo al Niño Jesus?... Siquiera esa poquita de molestia...

Sancho escuchaba sin pestañear á su suegra, y, sacudiendo socarronamente la cabeza, dijo al fin entre dientes:

—¡Ta, ta, ta!... ¡Te veo besugo! ¡Valiente

apunte está doña Cotufa!... ¡Y que se vá á estar la muerte con las manos en los bolsillos, hasta que ella le haga una seña... cuando pase Noche Buena, y el viejo se trague el anzuelo!...

Y aquella misma noche, cuando, ántes de acostarse los dos jóvenes esposos, fueron á besar á sus hijos dormidos, como tenian de costumbre, Sancho detuvo á su mujer entre las dos camitas de los niños, y le dijo gravemente:

—Benita, te voy á pedir una cosa... Prométemelo por lo más sagrado que para ti haya... por la vida de estos angelitos... Que cuando me veas en el caso de tu padre, me has de avisar, por leve que sea el riesgo... Quiero morir como cristiano... quiero irme al cielo, contigo y con mis hijos...

Benita se echó á llorar, y ocultó el rostro en el pecho de su marido, diciendo de lo íntimo de su alma:

—¡Te lo juro, Sancho, te lo juro... y te pido á ti el mismo juramento!...

A Sancho se le saltaron las lágrimas; repitió en voz baja:—Te lo juro—y ambos esposos sellaron su pacto, besando las frentes de sus hijos, que dormidos sonreían.

Entónces tuvo Benita una de esas inspiraciones que dictan el amor y la piedad á la esposa amante y cristiana. Retuvo á Sancho inclinado

sobre el pecho del más pequeño de sus hijos, y, sonriendo entre sus lágrimas, le dijo:

—¿Y por qué hemos de esperar á la hora de la muerte?... Mañana mismo podíamos confesar los dos... Hace más de un año que tú no confiesas...

Y Sancho, dejando de ser el Sancho de un momento, para ser el Sancho de todos los dias, dió un cariñoso empujon á su mujer, diciendo:

—¡Mira con lo que sale ahora esta!...

Y comenzó á dar volteretas por el cuarto, con esa horrible veleidad con que muchos corazones sanos juegan temerariamente con la misericordia de Dios, tan sólo por *haraganería!*...





VIII



L *Angelus* sonó en la Catedral, pausado, tranquilo, sereno, como la oracion de un alma pura que eleva su voz por encima del tráfico y el bullicio de las ciudades. Hubo una pausa: una de esas pausas que hacen latir, sin saber por qué, todo corazon que no esté muerto; y cuantas campanas hay en X.** dejaron escapar luégo, de repente, un repique general, acorde, alegre, espontáneo, que esparció por el aire una verdadera cascada de notas vibrantes, sonoras, armoniosas, como si el júbilo de los ángeles bajase á regocijar la tierra: verdaderos *gritos metálicos* de alegría, que corrian de torre á torre, como las chispas de un incendio en un cañaveral seco, y se derramaban luégo por el aire,

para entrar en todos los hogares, y despertar en todos los corazones, el eco de aquellas santas palabras: *Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te...*

Porque era aquella noche la víspera de la Inmaculada, y era aquel repique el prelude que anunciaba tan solemne fiesta. La gente discurría á bandadas por las calles, iluminadas todas con esa profusion y buen gusto que saben desplegar los andaluces en semejantes ocasiones: ostentaban las casas lujosas colgaduras, en que se veían, desde el artístico tapiz hasta la modesta percalina; desde el rico damasco hasta la humilde colcha de algodón labrado. Las tiendas de comercio, sobre todo, adornaban sus fachadas con ricas telas, y grandes cornisas y frontones formados por millares de luces de gas, que mareaban la vista al oscilar en las puntas de los mecheros, y esparcían sobre la movible muchedumbre una claridad pálida y vivísima, que hacía aun más densas las tinieblas en las bocacalles próximas, y aun más rojas y más tristes las luces de los candiles que alumbraban los puestecillos de buñuelos, turrónes, avellanas y garbanzos, que jamas faltan en las fiestas populares andaluzas.

También la casa de D. Benito se hallaba adornada con la severa elegancia que á tan

conspicuo personaje correspondía. Colgaduras de damasco carmesí cubrían todos los balcones y ventanas, y tres largas hileras de luces, encerradas en bombas de cristal que tenían la forma de tulipanes, guarnecieron los tres pisos de la hermosa casa. En medio levantábase erguida la bandera consular de tres colores y cinco franjas, asomada al balcón del centro, como un pregonero encargado de recordar á los transeuntes la inviolabilidad y la vanidad del vice cónsul de Nicaragua.

Hallábase éste embutido en su poltrona, al calor de una estufa, rodeado, como siempre, de su mujer y sus hijos, que gustosos se reunían en torno suyo por las noches, para hacerle placentera la velada. Lorenzo repasaba entónces el correo de su padre, que solía llegar á aquella hora, y le leía despues en voz alta sus periódicos favoritos. Acabada la lectura rezaban todos el rosario, menos Lorenzo, que seguía leyendo otros periódicos, ó permanecía inmóvil y taciturno en el fondo de su butaca. Sancho llegaba del casino á última hora, y alegraba la tertulia con su alborotada conversacion, sus ocurrencias de niño, y sus mentiras estupendas. D. Benito, que tenía verdadera debilidad por su yerno, le veía entrar siempre gozoso, y doña Tula le miraba siempre con recelo, por tocarle

á ella las más de las veces servir de blanco á los chistes y burlas del yerno. Disimulaba sin embargo la buena señora, á trueque de distraer y divertir al pobre enfermo, y esperaba en silencio la hora de la venganza, con la fruicion verdaderamente mitológica de una Medea, no amante, sino suegra.

No necesitaba sin embargo D. Benito aquella noche de su yerno, para rebosar esa satisfaccion y contento que la vanidad halagada despierta siempre en las almas pequeñas, y rara vez en las grandes, á la manera que el fuego prende más fácilmente en las chozas que en los palacios... D. Benito habia tenido carta del ministro: carta del Excmo. Sr. D. Pedro Lopez, primer Marqués de Campo-Agarra!...

Llamábale su Excelencia *su distinguido amigo*: notificábale despues las próximas elecciones de diputados, revelándole, en el seno de la más íntima confianza, el nombre del candidato ministerial, para cuyo triunfo contaba el Gabinete con los poderosos esfuerzos de D. Benito y con su *omnímoda influencia* (frase del ministro), en todo el distrito. Y luégo, entre los sentimientos de *su más distinguida consideracion* que le ofrecia, y *las manifestaciones de su más alto respeto*, que le suplicaba aceptase, concluía su Excelencia, firmándose con una llaneza, que

conquistó por completo el corazon del vicecónsul de Nicaragua, *Lopez*, Lopez á secas... Lo mismo que hubieran hecho Colon ó Pizarro, Alba ó Cortés, Richelieu ó Turena...

La debilitada cabeza de D. Benito no pudo resistir el fuerte aroma de los halagos ministeriales: echóse á llorar de gratitud, de satisfaccion y de contento; y la vanidad, el pueril viento de la vanidad, barrió en un segundo del ánimo de aquel semicadáver, que sentia ya quebrarse el aire entre su cerviz y la guadaña de la muerte, todos esos amargos sentimientos de despecho y de impotencia, que agravan la cruz del enfermo, porque ahuyentan de su corazon la santa y dulce paciencia; todas esas negras ideas que embargan en la ociosidad su ánimo abatido, como un mar de inquietud que se desborda y crece y ahoga, y solia postrarle á él días enteros, cabizbajo, inmóvil, mudo, con los ojos espantados y fijos, como si pesase sobre su conciencia un peso que no osara sacudir, y aplastara su corazon, como la roca infernal las espaldas de Sísifo... D. Benito olvidó la enfermedad, la eternidad y la muerte, para sentir tan sólo en toda su fatua puerilidad, ese primer movimiento del vanidoso halagado, que le lleva á buscar un público que admire su triunfo: leyó la carta á doña Tula, á sus hijos, y á todos

cuantos en aquel día le visitaron; y porque un resto de razón alumbraba todavía aquella cabeza desquiciada por la congestión, no expuso al público la honrosísima carta, pendiente de la bandera de Nicaragua, con una notita ilustrativa, en que constase que aquel Lopez no era el Lopez zapatero del portal, ni el Lopez barbero de la esquina, ni el Lopez mozo del café próximo; sino el Lopez ministro de la Corona, el Lopez fundador de la dinastía de los Campo-Agarra.

Doña Tula no cabía en sí de gozo, al ver á D. Benito tan animado y satisfecho, y éste, poseído de ese bajo sentimiento de gratitud, que ata al lisonjeado al carro del lisonjero, y es el fin á que la artera adulación dirige sus golpes, comenzó sin pérdida de tiempo, á trazar, con ayuda de Lorenzo, su plan de campaña, con un arte y una maestría, que revelaban muy á las claras su mucha experiencia y discreción en añagazas electorales. Cartas, visitas, anotaciones, ruegos, amenazas, recompensas, promesas, y cuantos ardidés pueden emplearse para cazar un voto, acudían con facilidad estupenda á la mente de D. Benito, al nombre de cada elector que Lorenzo inscribía en una lista; y desde el fondo de su poltrona tocaba en un segundo todos los resortes electorales del distrito, á la manera que allá en otro tiempo manejaba Feli-

pe II, desde un rincón del Escorial, los destinos del orbe entero.

A las diez entró Sancho: las señoras terminaban entónces el rosario, y D. Benito, que, absorto en sus planes electorales, había dejado de rezarlo aquella noche, suspendía en aquel momento su tarea, diciendo satisfecho:

—Mañana continuaremos... El triunfo es seguro: cuestión de quince días...

La conversación se hizo entónces general, y D. Benito, alegre y animado como nunca, dirigía la palabra á su yerno, con la risueña cara del agente electoral, que se dispone á explotar un rico filón de votos. Poseía Sancho grandes propiedades, contaba con numerosos colonos, y podía influir por lo tanto en el ánimo de muchos electores. D. Benito comenzó á preparar el terreno, ponderando las grandes dotes del ilustre Campo-Agarra, con esa interesada generosidad con que concedemos todas las perfecciones humanas á la persona que nos alaba ú honra, como medio de realzar el elogio que de nosotros hace: porque es en alto grado exacta esta observación que en alguna parte hemos leído.—Si X fuese $=1$, el elogio 10 , valdría 10 por $1=10$. Mas al suponer nosotros á $X=100$, el elogio crece y se multiplica: es 10 por $100=1000$.

También las matemáticas tienen su aplicación á las flaquezas humanas, y esta formulita da la clave de muchas reputaciones formadas por esos compadrazgos literarios y políticos, que pudieran muy bien llamarse *Sociedades de elogios mútuos*.

Mas Sancho, que no parecia muy dispuesto á secundar las miras políticas de su suegro, se limitó á contestar desdeñosamente:

—¡El Marqués de Campo-Agarra!... ¡Valiente pejel!... Debían de hacerlo también Conde de Nada-Suelta...

Don Benito pareció no entender la malicia del nuevo título con que Sancho quería honrar á su ilustre amigo, y añadió gravemente, con el tono dogmático de sus mejores tiempos.

—¡Es una gran cabeza!... Lo veo llamado á fundar un nuevo partido conservador, que debemos sostener en conciencia todos los hombres de orden... ¿No te parece, Sancho?...

—No, señor;—replicó éste: lo que á mí me parece es que lo mismo muerde el perro que la perra; y que conservadores nuevos y viejos, fusionistas, izquierdistas, dinásticos y no dinásticos, toos son unos, toos son parientes... Esos nombres son nombres de pila: el apellido es uno solo... ¡Ladron, y no de Guevara!

Y, como si quisiese conjurar la indignacion

de su suegro, Sancho cogió un periódico, y se puso á leer en el acto. D. Benito hizo un guiño á Lorenzo, que se preparaba á contestar incomodado, y le dijo por lo bajo:

—¡Déjalo!... ya lo cazaré yo... Le tengo seguro.

Quizá pensaba el taimado viejo en la famosa mejora del tercio y quinto, que en aquellos mismos días habia preocupado también á Sancho. A poco comenzó éste á reir descompasadamente, dándose palmadas en el muslo.

—¡Toma, hombre, toma!—dijo, dando el periódico á Lorenzo. ¡Lee eso á tu padre, que es gracioso!...

Lorenzo tomó el periódico con una medio sonrisa de condescendencia, y leyó en la gacetilla:

«*Buen negocio*.—En el último choque de trenes ocurrido días pasados en San Francisco de California, es digno de referirse el siguiente episodio curioso. Cierta Mr. Starbottle, muy conocido en Boston por sus continuas reyertas con su suegra, acompañaba á ésta en un vagón de primera clase del tren descendente. Al chocar ambos trenes, la suegra quedó aplastada, y Mr. Starbottle ileso. Apenas repuesto del susto el honorable Starbottle, ha demandado á la empresa de ferro-carriles, pidiendo indemnizacion por la muerte de su suegra. Los tribunales han

otorgado su demanda, condenando á la Empresa á pagar cinco mil duros, por via de indemnizacion, al afortunado yerno. El negocio ha sido redondo, y segun *The Morning-Post*, que da la noticia, se nota desde entónces en la línea del Norte, gran movimiento de yernos, que sacan á viajar á sus suegras.»

Aún no habia terminado de leer Lorenzo, y ya estaba Sancho delante de doña Tula, ofreciéndole el brazo, con aquella gracia natural que le era propia, y diciéndole con vivas instancias:

—¡Mamita!... ¡Vámonos á California!... Vén-gase V., mamita; que se escapa el tren y pierdo cinco mil duros...

Don Benito se reia á carcajadas, y doña Tula, repudiéndose por dentro, decia mimosamente:

—¡Vamos, no seas chinchoso, Sancho!... Que ya la córte no paga bufones...

—¡Véngase V., mamita!—proseguia Sancho en tono suplicante; que papá Benito nos dará una cartita pa Nicaragua, y nos recibirán allí tocando un tanguito... ¡Vamos, mamita!... ¡Aunque no me den más que cinco mil reales, me quedo contento!...

—¡Que me dejes en paz!

—¡Vamos, mamita!... aunque sea de balde... ¡Con tal que el tren descarrile, hago con V. el viaje!...

Don Benito se reia tan de corazon, que su risa llegaba á ser convulsa; y viéndole doña Tula tan divertido, quiso prolongar la escena por su parte. Levantóse, pues, con gran viveza, y aceptando el brazo de Sancho, dijo alegremente:

—¡Pues vamos allá, yerno mio!... que si el tren descarrila, quizá me toquen á mí los cinco mil duros, y á ti te toque aplastarte!...

La risa convulsa de D. Benito se trocó de repente en tos, como si algo se le hubiese atorado. Lorenzo le miró inquieto, y vió que se amora-taba su rostro, y se inyectaban en sangre sus ojos.

—¡Calla!—gritó á Sancho, que alborotaba por la sala, arrastrando á su suegra camino de California.

Todos callaron al punto: todos acudieron azorados... Jadeante D. Benito, echaba atras la cabeza, buscando un apoyo: doña Tula quiso desabrocharle el cuello de la camisa; mas el viejo la rechazó léjos de sí con vigor inconcebible... Hubo entónces un segundo de angustia, de suprema angustia, en que salia de aquellos labios lívidos un hervidero horrible, una especie de bramido sordo, que hacia pensar en el alma réproba que lucha á brazo partido, y se agarra en vano al desmoronado cuerpo, por no caer en manos de Dios vivo, que la llama á juicio, por

no caer en el hondo abismo de lo eterno, que reclama su presa... Cesó un momento el estertor, y aquella angustia infinita estalló al fin en dos palabras, que parecieron salir á fuera, saltar en el aire hechas pedazos...

—¡Ren...zo!... ¡Tes...ta...men...to!...

Torció luégo los ojos: el bramido se debilitó, como el aliento de un vencido, y su rostro quedó inmóvil y espantado, cual una mascarilla vacía en el molde del terror...

Benita y su hermana corrieron fuera de la estancia dando gritos: Lorenzo y Sancho cogieron el cadáver y lo entraron en la alcoba... Allí estaba la cama descubierta ya, caliente y mullida, esperando á su dueño!...

Doña Tula quedó olvidada de todos en el gabinete, clavada en el asiento en que habia caído, como herida de un rayo, alelada, mema, viendo pasar ante sus ojos, sin darse cuenta de ello, los criados que entraban y salían, los médicos que llegaban presurosos, los amigos que acudían solicitos... Una sombra negra entró también precipitadamente en la alcoba, y volvió á salir á poco: era el Cura Párroco, D. Félix Sangüesa.

Doña Tula lo reconoció, y dió entonces una señal de vida: le castañetearon los dientes...



IX



AS dos velas que ardían ante un crucifijo, sobre una consola, dejaban en la sombra el lecho, con las blancas cortinas corridas del todo, y arrolladas á la cabecera: sobre él se distinguía una figura larga y tiesa, que denunciaba las rigideces del cadáver, bajo la blanca sábana que la cubría. Ni un ruido, ni un suspiro se oía en la alcoba: sentado en un rincón estaba inmóvil Lorenzo, con el sello terrible que deja un dolor profundo sobre un organismo varonil y fuerte.

Oíanse por fuera pasos quedos de gente, que iba y venía con cierta temerosa precaución, como si la muerte, entronizada en la alcoba,